

COLABORACIÓN ENTRE JESUITAS Y LAICOS EN LA MISIÓN: AVANCES, DIFICULTADES Y DESAFIOS

Reflexiones a partir de una experiencia concreta

Andrea Ramal¹

Soy una admiradora de la espiritualidad y del carisma de Ignacio de Loyola, porque creo que responde a los desafíos que los laicos tenemos que enfrentar en el mundo de hoy y nos ofrece los medios para poder hacerlo. Tengo 39 años y he pasado 17 de ellos trabajando en obras de la Compañía de Jesús, en colegios y también en un centro de investigación y acción pedagógicas. Aun después que cesé de trabajar en obras de los jesuitas para dirigir mi propia firma en el campo de la educación corporativa y del e-learning, continué colaborando con la educación ignaciana, tanto en la Provincia del Brasil Centro-Este, como también en el ámbito de toda América Latina. Trabajé en proyectos de planificación provincial y en la elaboración e implementación del Proyecto Educativo Común para toda América Latina, visité y asesoré colegios de la Compañía en Brasil, Colombia, Paraguay y Chile, escribí artículos y di conferencias sobre pedagogía ignaciana, desarrollé un CD-Rom sobre la educación ignaciana (“Educar para Transformar”), participé en congresos y seminarios sobre esos temas y también sobre la colaboración entre jesuitas y laicos.

Sin embargo querría dejar claro que aunque parto, para escribir estas páginas, de una cierta experiencia, ésta, por más rica que sea, es necesariamente limitada. A la luz de esa experiencia, hablaré de lo que considero los principales avances o realizaciones exitosas en el campo de la colaboración entre jesuitas y laicos, pero también me permitiré mencionar las dificultades que experimentamos, los bloqueos que nos impiden avanzar y hasta algunos que, en mi opinión, aparecen como retrocesos. Terminaré subrayando los que, a mi modo de ver, constituyen los principales desafíos que tendremos que enfrentar en los próximos años, si queremos que esa colaboración entre jesuitas y laicos se estreche y desarrolle sobre bases sólidas y duraderas.

AVANCES

Formación de laicos colaboradores

En las últimas décadas, la colaboración entre jesuitas y laicos recibió especial atención en la Provincia del Brasil Centro-Este, especialmente en los colegios que esta Provincia dirige. También durante años se dio y se continúa dando mucha importancia a la formación espiritual de los laicos, particularmente mediante los Ejercicios Espirituales, y también a su preparación y capacitación para que ellos mismos pudieran orientar los Ejercicios de otros laicos. Aún antes del Decreto 13 de la CG 34 sobre la “Colaboración con los laicos en la Misión”, esta Provincia inició los llamados “Centros Loyola de Fe y Cultura” o “Centros Loyola de Fe y Espiritualidad”, dirigidos por laicos y destinados a contribuir a su formación tanto espiritual como religioso-teológica, y a prepararlos de diversos modos para desempeñar mejor su misión laical en la Iglesia y en la sociedad. Esos centros, bajo diversos nombres, se multiplicaron rápidamente, no sólo en el Brasil, sino también en otros países de América Latina.

¹ Doctora en Educación (PUC-Rio). Directora Ejecutiva de ID Projetos Educacionais. Consultora de la Compañía Vale do Rio Doce, Rede Globo de Televisión y Petrobras. Directora de la ONG Pro-Social.

Creación de una red de colaboración

Aunque incluso antes de la promulgación del Decreto 13 se había avanzado ya bastante en las relaciones y colaboración entre laicos y jesuitas, este Decreto ciertamente contribuyó a dar un nuevo impulso y reforzar esa colaboración. A la luz de las recomendaciones del Decreto, nació en la Provincia la Red Apostólica Ignaciana (RAI), con núcleos o pequeños equipos en diversos campos de apostolado, como, por ejemplo, en los campos intelectual, social, pastoral, de la comunicación, etc., algunos de los cuales se reúnen periódicamente.

Oportunidades de colaboración más estrecha

También motivados por el mismo Decreto, varios laicos y laicas solicitaron asociarse a la Compañía a través de un vínculo más estrecho o aceptaron la invitación para hacerlo. La Provincia cuenta hoy con unos diez laicos(as) "asociados".

Por otro lado, como fue mi caso y el de otros, fuimos llamados, no sólo a participar, sino también a colaborar activamente en tareas y eventos que antes estaban casi exclusivamente reservados a los jesuitas, como, por ejemplo, asambleas de Provincia y el proceso de planificación apostólica en el ámbito provincial.

Promoción de la colaboración a nivel interprovincial

Otro factor que contribuyó bastante a reforzar la necesidad de esa colaboración fue la presencia en la Provincia de la sede y del equipo central de la Conferencia de Provinciales Jesuitas de América Latina, la CPAL, que desde su fundación dio mucha importancia a la colaboración entre jesuitas y laicos y organizó en el territorio de esta Provincia encuentros y seminarios para promoverla. Aunque se trataba de actividades interprovinciales, no organizadas por esta Provincia como tal, en ellas participaron varios jesuitas y laicos de la BRC y no dejaron de ejercer su influencia en ella. Tanto más que en aquella época el Presidente de la CPAL era un jesuita y ex-Provincial de esta misma Provincia.

Esas diversas actividades facilitaron para aproximar laicos y laicas de los jesuitas y a veces incluso para multiplicar y reforzar entre ellos relaciones de verdadera amistad.

DIFICULTADES

¿Jesuitas y laicos están preparados para colaborar los unos con los otros?

Es evidente que muchos laicos no están todavía preparados para una colaboración efectiva. A veces les falta la formación espiritual y religiosa necesaria para relacionarse y colaborar en la misión como miembros de un mismo equipo. Pero también a veces no han tenido ni la oportunidad ni los medios para poder colaborar, de igual a igual, con jesuitas que han pasado largos años formándose y preparándose para la misión que les sería confiada.

Con frecuencia se han ofrecido oportunidades a los laicos para formarse espiritualmente, y a veces se acentúa la necesidad de esa formación como si fuera la única necesaria para una colaboración efectiva. Pero muchas veces no se les ha ofrecido oportunidades para formarse profesionalmente para la tarea que les ha sido encomendada; o no se les han abierto espacios para que tomaran la iniciativa y pudieran formarse "sobre la marcha", sin tener que dejar el trabajo que realizaban.

Por otro lado, tampoco hay que creer que los jesuitas están ya preparados para esa colaboración más estrecha con los laicos(as). El P. General, en la reunión de Superiores

Mayores, llamada de "Loyola 2005", afirmaba que "los jesuitas necesitan de una formación continua en educación y más todavía en colaboración". Entre las recomendaciones hechas por los Provinciales en esta misma reunión de Loyola, en vistas a la próxima Congregación General, leemos: "Hacer los cambios necesarios en la formación para que los jesuitas puedan trabajar de modo efectivo con los colaboradores laicos y religiosos... que sean personas que puedan respetar a otros, relacionarse con ellos a nivel de igualdad, trabajar con ellos en equipo y funcionar como personas de equipo y buenos facilitadores". Mi experiencia en esta Provincia corrobora la oportunidad de esas recomendaciones.

Otro factor que dificulta las relaciones entre jesuitas y laicos(as), es que, en muchos casos, los religiosos, y no sólo los jesuitas, desconocen las verdaderas condiciones en las que los laicos(as) viven y trabajan y a veces los tratan como si fueran "semi-religiosos". Por ejemplo, muchos laicos, invitados por los jesuitas, trabajan voluntariamente en actividades o proyectos organizados por estos últimos. Pero la mayoría de ellos dependen de su trabajo para sustentarse y sustentar a su familia y no pueden disponer libre y gratuitamente de su tiempo con la frecuencia o por todo el tiempo que desearían. A veces los religiosos parecen no tener demasiado en cuenta ese hecho y esperan que los laicos colaboren y presten sus servicios voluntariamente, manteniéndose disponibles en cualquier día y hora.

Otras veces se les invita a llevar adelante tal o cual proyecto, a participar en una u otra actividad, pero de repente se prescinde de ellos. Parece que los jesuitas no necesitaran más de sus servicios. No siempre se les informa sobre las razones que han motivado esa decisión, ni se les da las gracias por la colaboración ya prestada. Parece suponerse que los laicos(as), en virtud de su vocación y misión, o porque han hecho los Ejercicios de San Ignacio, también tienen, como los jesuitas, una cierta obligación de prestar esos servicios. No quiero exagerar, pero esos casos suceden y no ayudan a fomentar y reforzar esa colaboración.

¿Los jesuitas realmente creen que los laicos pueden potenciar la misión común?

En Brasil vivimos hoy una situación grave desde el punto de vista social. Persisten vastas y profundas desigualdades; con frecuencia la clase trabajadora continúa siendo explotada; la violencia y la corrupción generalizadas amenazan el desarrollo sostenible del país. Faltan oportunidades para los jóvenes y hay perspectivas muy alarmantes para los grandes centros urbanos. Un escenario como este inquieta a todos los que tienen, a la luz de lo que pide el Evangelio, hambre y sed de justicia, desean luchar por un mundo con oportunidades para todos y están dispuestos a dedicar su tiempo al cambio social. Construir una sociedad más parecida al Reino, ¿no es ésta nuestra misión común? Ésa, para muchos de nosotros, colaboradores laicos, es una causa que abrazamos.

Sin embargo, muchos de los laicos que se disponen a colaborar con la Compañía tienen la impresión de que los jesuitas no están tan seguros de que los laicos podrían realmente potenciar su trabajo. Digo eso porque muchas veces no aprovechan como podrían las competencias (skills) de sus colaboradores laicos. Al contrario de lo que veo tan presente en el mundo empresarial, en el cual se buscan los mejores talentos para cada función, en la Compañía de Jesús el modo de identificar, seleccionar, acompañar y evaluar el trabajo de los laicos es deficiente. Muchas obras podrían ser apostólicamente más eficaces si las personas más calificadas fuesen movilizadas.

Al mismo tiempo, sucede a veces que algunas posiciones estratégicas son ocupadas por laicos inexpertos, que quizá son más cercanos a los jesuitas, o hicieron muchas veces los Ejercicios, pero que no ayudan a lograr los mejores resultados para la misión. Ocurre también que esas posiciones son a veces ocupadas por jesuitas, no siempre debidamente preparados. Al tener que liderar laicos que eventualmente tienen mejor formación que ellos (no en términos espirituales, pero sí de experiencia empresarial y de gestión), los resultados

no siempre son los mejores y acaban desmotivando a los propios laicos, porque se da la impresión que la eficacia del apostolado no es el primer criterio al ubicar personas en las obras. Aunque para San Ignacio el éxito del apostolado dependía en primer lugar de Dios, él también esperaba que, de nuestra parte, usáramos los medios humanos más adecuados para alcanzarlo.

Otro punto que me hace cuestionarme si los jesuitas realmente creen que los laicos pueden potenciar la misión común es el hecho de que difícilmente la Compañía – hablo a partir de mi limitada experiencia - recurre al diálogo o a la colaboración con laicos que no están vinculados profesionalmente con ellos en alguna obra. Personas que trabajan fuera de la Compañía y que conocen, por ejemplo, los principales avances y tendencias de la gestión de emprendimientos humanos en el mundo contemporáneo, o trabajan con tecnologías de punta, o son peritos en comunicación, podrían ser invitadas a establecer un diálogo con los "líderes" de la Provincia, los Superiores y Directores de obras, para poder compartir con ellos lo que saben y colocarlo al servicio de la misión.

Hoy existen laicos que actúan como consultores o contratados en algunas de las principales empresas brasileñas u ocupan importantes posiciones en la sociedad, pero que frecuentemente sólo son invitados a participar de celebraciones litúrgicas o a hacer los Ejercicios - algo muy bueno, sin duda, pero sin que se les pida un aporte significativo en áreas en las que ellos podrían darlo. Al mismo tiempo, esos mismos laicos constatan, desde fuera, que hay problemas de gestión en muchas obras, o en la misma forma de realizar la misión, que podrían ser evitados si se aplicaran algunos medios que ellos conocen. De hecho, muchos laicos colaboradores podrían ayudar a los jesuitas a **pensar más estratégicamente** su actuación apostólica en un mundo en permanente cambio. Los jesuitas deberían encontrar formas para identificar esos laicos bien preparados y motivarlos para colaborar y estrechar sus relaciones con la Compañía.

Esos laicos podrían potenciar la misión contribuyendo con conocimientos y técnicas que les son familiares en los diversos ámbitos en que actúan: la política, la economía, la comunicación social, el mundo del trabajo, las relaciones empresariales, etc. Ellos, a su vez, serían orientados por los jesuitas sobre cómo ejercer una mayor influencia en su ámbito de actuación a partir de la promoción de valores y de una actuación profética y coherente con esos mismos valores. Al fin y al cabo, allí donde "el partido se juega" es donde hacen falta brazos para promover los principios que hoy tanto necesitamos.

¿Es posible el verdadero diálogo entre jesuitas y laicos?

Un diálogo real existe cuando los dos interlocutores se encuentran en un plano de igualdad, cuando lo que uno dice tiene relevancia para el otro y provoca en éste una reacción. Mikhail Bakhtin, filósofo del lenguaje ruso, hablaba de la polifonía como una situación ideal en la cual todas las voces son oídas, pueden negociar los significados entre sí y construir un discurso armónico. Lo contrario de eso es el discurso monológico, en el cual una única voz es dominante.

Para colaborar, creo que es fundamental que exista un diálogo verdadero, en el cual los laicos más estrechamente vinculados a la realización de la misión no teman expresar sus opiniones o aun tomar determinadas decisiones (cuando el cargo que ocupan se los permite) incluso cuando éstas contradicen las opiniones de un jesuita. Dialogar significa aceptar con respeto distintos puntos de vista, implica una cierta democracia y apertura.

En el pasado, las relaciones entre laicos(as) y jesuitas eran sobre todo relaciones de trabajo. Eran los laicos(as) que colaboraban *con los jesuitas* en obras dirigidas por éstos, más que los jesuitas *con los laicos(as)*, o ellos entre sí. Como el mismo P. General señaló

recientemente en Loyola: “Todavía hay cierta resistencia entre muchos jesuitas, incluso de la generación más joven, a abandonar la idea de que se trata exclusivamente de *nuestra* obra”. Por esos motivos, las relaciones pueden ser más claras y auténticas cuando se establecen entre jesuitas y laicos(as) que no trabajan en obras de la Compañía, ni dependen de ellas para su sustento.

Ayudaría a promover y reforzar esa colaboración entre jesuitas y laicos que ella fuera situada en el contexto más amplio de la vocación y misión específicas de los laicos(as) en la Iglesia y en la sociedad, y no fuera sencillamente concebida como un problema más interno de colaboración entre laicos y jesuitas en el seno de la Compañía de Jesús o de sus obras.

A veces, desilusionados por las dificultades y uno u otro fracaso, algunos jesuitas están tentados a hacer marcha atrás. Se oyen observaciones como las siguientes: “Los laicos no están preparados para esa colaboración”. “Nosotros tenemos nuestra vocación, ellos tienen la suya; no es bueno mezclar las cosas”. “Tenemos primero que ordenar nuestra casa, definir y reforzar nuestra identidad, antes de abrirnos para esa colaboración; de lo contrario perderemos nuestra identidad o, al menos, la debilitaremos”. “Es hora de que estemos un poco solos los jesuitas, hoy día los laicos están por todas partes”. En algunos ambientes - y de nuevo recuerdo que hablo fundada en mi limitada experiencia - se habla ahora menos que antes de esa colaboración con los laicos en la misión. Determinados hechos parecen revelar esa tendencia. Además de los ya mencionados, señalo otros pocos:

- Obras antes dirigidas por laicos e iniciadas para su beneficio y formación pasan de nuevo a ser dirigidas por jesuitas, sin que haya una información o diálogo previo para explicar las razones del cambio. A veces tampoco se les consulta cuando se trata de tareas o coordinaciones que tienen que ver directamente con ellos.
- Las actividades de formación organizadas para los laicos son predominantemente volcadas a lo espiritual, como si ésa fuera la única dimensión a ser desarrollada para formar un laico colaborador.
- Obras como la RAI están a veces muy orientadas para dentro de la Compañía y proyectan poco el carisma y espiritualidad de la Compañía “ad extra”.

DESAFIOS

Al situar la colaboración entre laicos y jesuitas en un contexto teológico y eclesial más amplio, aparece claramente que la colaboración es cada vez más necesaria porque ni la misión de la Iglesia, ni la misión de la Compañía pueden concebirse hoy día sin la participación de los laicos. Es una misión común que tenemos que aprender a compartir.

Eso no significa que todos tengamos que desempeñar el mismo papel. Cada uno tiene su rol específico, mas son compromisos complementarios y que se necesitan mutuamente. La colaboración en la misión en un plano de igualdad, pero con la clara conciencia de la contribución que le toca a cada uno por vocación, ayudaría a redefinir mejor y reforzar la identidad específica de cada uno. No se debería definir una identidad apostólica aisladamente, sin un intercambio con aquellos llamados a compartir una misma misión.

La Compañía, que en el campo del apostolado dispone de más medios que muchos laicos(as), tendría que tomar la iniciativa y: a) promover obras apostólicas en las que los laicos tendrían la principal o única responsabilidad, pero en las que jesuitas podrían colaborar; b) obras comunes en las que jesuitas y laicos, aún ejerciendo funciones diversas, compartirían la misma responsabilidad para llevarlas adelante; c) manteniendo la propiedad de sus obras como, por ejemplo, los Colegios, la Compañía dejaría claro que, de ahora en adelante, no serían obras sencillamente de los jesuitas, sino obras de algún modo comunes, con responsabilidades compartidas para su manutención y desarrollo.

Para poder llegar a ese punto sería necesario delegar más responsabilidades a los laicos ya desde ahora y, al mismo tiempo, destinar algunos recursos para su formación, no sólo espiritual. Habría quizás que ofrecerles algunas de las oportunidades que los jesuitas han tenido durante su formación. Naturalmente, eso supone una selección a partir de un modelo de gestión por competencias (skills), pero también asumir los riesgos inherentes a una tal política. Algunos laicos no perseverarán, ni siempre responderán a las esperanzas que en ellos se colocan, como sucede también con los jesuitas.

No sólo los laicos(as) necesitan ser mejor formados para responder a las exigencias de esa colaboración, pero también los jesuitas. Desde las primeras etapas de su formación, laicos y laicas escogidos deberían hacerse presentes en las casas de formación para hablar de sus experiencias y de las dificultades que encuentran para desempeñar la función de “protagonistas de la nueva evangelización de la sociedad” que la Iglesia les atribuye. Los jesuitas deberían acostumbrarse desde los comienzos de su vida religiosa a ver en los laicos(as) sus colaboradores en una misión común: misión que comparten con ellos y que no es exclusivamente suya.

Visión de futuro: redes de colaboración e intercambio

La figura del laico(a) “asociado” parece haber perdido su atractivo y fuerza porque se interpreta esa vinculación más estrecha con la Compañía casi exclusivamente en términos espirituales y de un modo unilateral. El laico o laica se asociaría a la Compañía más por motivos personales de orden espiritual y de foro interno, que por motivos apostólicos: es decir, su vinculación sería de algún modo semejante a los votos religiosos y casi sería más con Dios que con la Compañía. Evidentemente que debería siempre haber una motivación espiritual, una sintonía con el carisma y la espiritualidad de la Compañía; pero debería predominar el deseo de colaborar apostólicamente con ella y, como dice el Decreto 13, se trataría de una vinculación contractual que definiría los mutuos derechos y deberes resultantes de ese contrato. A veces se insiste sólo o mucho más en las obligaciones o compromisos que asumirían los laicos, y no tanto la Compañía. El P. Kolvenbach afirma que lo que marcaría la “asociación” sería, sobre todo, la disponibilidad apostólica del laico o laica para recibir una misión apostólica de los Superiores de la Compañía. En ese caso, esa asociación sería para muy pocos, ya que la vocación laical supone una serie de obligaciones en relación con terceros, tanto de orden familiar como profesional, que reducen mucho su disponibilidad, en comparación con el religioso. La próxima Congregación General debería esclarecer ese punto o abandonar la idea del laico asociado.

Creo que, para la mayoría de laicos(as), son más adecuadas, para potenciar su colaboración con la Compañía, estructuras como las de una Red Apostólica Ignaciana, que por la propia configuración como red, tiene más posibilidad de ser dinámica, de penetrar en los diversos campos y sectores apostólicos, y también más flexibilidad para reunir gente en función de actividades y proyectos. La red también puede movilizar un mayor número de personas y así ejercer un mayor impacto. Algunas redes apostólicas que conocí en diversos países en que la Compañía actúa me llevaron a pensar sobre eso. Sentí en muchas de ellas una vida, un dinamismo, un potencial, una pasión por la misión traducidas concretamente en acciones concretas. El intercambio muy fértil entre los miembros de la red, no haría sino incrementar el impacto apostólico de la colaboración entre jesuitas y laicos en la misión. Para reforzar y dinamizar esas redes, podrían ser empleados los modernos medios y tecnologías de la comunicación, de modo tal de fomentar la interacción entre sus miembros y tornar más eficaces los proyectos que se llevan a cabo.

Una red más estructurada podría ser un modo de fortalecer el apostolado laical, de inspiración ignaciana, e incluso de “retener en la red” a muchos laicos y laicas con talento y vocación apostólica que, si no encuentran espacio, o ven que se tarda demasiado para

lograr resultados, pueden terminar por vincularse con otros grupos o favorecer otras formas de colaboración que más les ayuden para la realización de su misión laical. Hoy existe, por ejemplo, una gran diversidad de organizaciones que aceptan y promueven el voluntariado, para las cuales un número creciente de profesionales capaces y dispuestos al trabajo social viene dedicando su tiempo, energía y conocimiento. Algunas de ellas se podrían llamar "seculares". Otras, sin embargo, defienden valores y principios que nosotros también defendemos. Personalmente preferiría que esos laicos y laicas, admiradores de la espiritualidad y del carisma ignaciano, pudieran encontrar en colaboración con la Compañía el espacio más adecuado para realizar su misión.